



[Fragmentos] *Linn Høybråten y el extraño plan de las palabras  
acantiladas.*

*Unos ojos marrones, enormes. Y una sonrisa en la playa acantilada. Todo eso flotando, como sobre una de aquellas olas traicioneras con resaca, rozando la espuma del mar verde turbio. Y grandes tiritonas de frío.*

*Luego una tremenda sacudida que se la llevó bien, bien lejos. Después una calma, la última calma, incómoda y sofocante.*

*Eso es todo cuanto logró ver.*

*Y finalmente la oscuridad más absoluta. Y una sensación de calor...*

Linn Høybråten, pegada a la ventana, ve caer la lluvia a borbotones. Y mientras con su respiración forma círculos de vaho en la ventana salpicada, maquina su plan.

El nuevo peinado de Odd Ludvingsen se fue al traste nada más salir de la peluquería. Un tremendo chaparrón hizo que su aspecto se acercara más al de un submarinista con un pulpo aferrado a la cabeza que al de alguien que acaba de someterse a la más lujosa sesión de peluquería de toda su vida. Los mechoncillos de pelo le caían por la frente y sobre las orejas. Mientras se giraba para observar, incrédulo, el rótulo luminoso de la peluquería más cara de Bergen, creyó ver algo, o mejor, a alguien asomado a una ventana. "Sí, era un rostro extraño -afirmó en Comisaría-, pero no reparé en ello".

Estaba demasiado encrespado por el gasto inútil que acababa de hacer.

Linn Høybråten, pegada a la ventana, se fascina con los diferentes azules del cielo. Huele el cristal. Está fresco. Y palpa con sus dedos el vidrio humedecido. Traza surcos de nitidez en la maraña borrosa de humedad de vidrio. Baraja su plan. Está casi a punto. Va a sorprender a más de uno, ya lo verán. Ya la verán.



Lo primero que llamó la atención del joven viajante fue un barullo de ropa en el arcén. Se detuvo a un lado de la comarcal, a la altura de Ringerike, y saliendo del coche se encaminó hacia aquel montón de ropa embarullada (el viajante, Fredson Blonqvist, reconoce ahora mostrarse perplejo por haberse detenido ante unos simples trapos viejos. Señala que su tiempo vale oro). Observó detenidamente las camisetas, las faldas, la ropa interior, las chaquetas. Entonces fue cuando divisó, un poco más allá, todo un compendio de objetos desparramados por la nieve. Decidió (una vez más admite su estupor ante su conducta) meter todo en unas bolsas que llevaba en la guantera del coche. Y se las llevó. Tras cerrar con dificultades el maletero, algo aturdido, reanudó su marcha como si tal cosa.

Con cada curva, un resonar metálico y hueco se dejaba escuchar en la parte trasera del moderno Volvo gris metalizado.

Linn Høybråten, pegada a la ventana, sonríe mirando al infinito, a la última gota de la letanía. Ya tiene terminado su plan. Y sus ojos rezuman las imágenes futuras.

Era una mujer absurdamente estricta. Pero a veces Gro Soltenberg se saltaba las normas. Dejaba su garita del paso a nivel y recorría aquellos parajes helados que rodeaban las vías, a algo más de dos kilómetros de Bodo, la ciudad más cercana. Enfrascada en su enorme anorak con manoplas y ataviada con su gorra cuadriculada, plana y con cubre-orejas incorporado, y portando su banderín, también cuadriculado, bajo la axila, iba dejando con sus enormes botas un rastro infinito de pisadas en la nieve. Eran sólo unos minutos, cinco, diez. Después regresaba a su micro hogar durante diez horas al día (algunas veces más). Pero esos paseos furtivos le valían el salir de la monotonía. No había riesgo de alejarse. Y no lo había porque desde hacía quince años por aquellas vías no circulaba un solo tren. Gro había mantenido su empleo gracias a un primo tercero que trabajaba en el Ministerio de Transporte. Él era quien había conseguido que ese puesto de trabajo no se esfumara con el fin de aquella línea ferroviaria. Y a nadie le



SEGUNDO PREMIO  
“(Fragmentos) Linn Hoybraten y el extraño plan de  
las palabras acantiladas”  
David Martínez Pérez

importaba que así fuera. Así que Gro pasaba los días angustiada por el carácter absolutamente prescindible de su oficio.

En uno de esos paseos clandestinos fue cuando le pareció ver aquel coche entre unas ramas que, demasiado largas, se arrastraban desde lo alto de un árbol por los alrededores de su tronco. Las ramas arrojaban al coche. Pero uno de los faros delanteros y el retrovisor derecho quedaban al descubierto. ¿Había sido un descuido de alguien?

La señora Soltenberg asegura que no vio a nadie ni dentro del coche ni fuera ni en los alrededores aquel día. Es más: afirma que no vio que llegara ningún coche esa jornada, por lo que pensó que debía de llevar allí por lo menos desde el día anterior, su día de descanso.

Sin más, Gro Soltenberg regresó a su garita, comprobó la temperatura de la vieja estufa y continuó resolviendo crucigramas. Y no le dio ninguna importancia a lo sucedido.

Linn Høybråten, pegada a la ventana, observa cómo, progresivamente, los charcos de lluvia se secan y dejan rodales de suciedad. Mientras, ya puede pensar en varias de las cosas que ha introducido en su maleta. Y le gusta. Porque todo forma parte de su gran plan.

Magnus Olsen, casado, sin hijos. Trabaja en una de las sucursales de una famosa cadena de cosméticos. Su vida transcurre entre barras de labios, coloretes y rimel. Siempre impecable, acorde con la filosofía de su negocio (a saber: limpieza, elegancia y pulcritud) camina con la cabeza gacha, recorriendo los trescientos veintidós metros que van desde su vivienda unifamiliar hasta la tienda en la que lleva quince años repitiendo la misma perorata: “ese le queda espléndido, de veras, lléveselo y verá”. Quince años, trescientos veintidós metros, “lléveselo y verá”. Diez horas, seis días a la semana. Todo un tanto gris. Pero limpio, elegante y pulcro.

El grisáceo Olsen reconoce haber arriesgado su puesto en la empresa agachándose para mirar dentro del pequeño bolso de viaje que encontró. Se justifica al señalar que esta acción provocó un pequeño desbarajuste en su flequillo, contradiciendo la norma impoluta de la



empresa: ir bien peinado. Además apunta que le fascinó encontrar en el interior del diminuto bolso las llaves de un coche. También reconoce no entender por qué se fascinó. El amargado Olsen explica por qué cogió el bolso en lugar de haberlo ignorado o haberlo pateado. Para una cosa fuera de lo normal que le sucede, dice, no iba a perder la ocasión. El triste Olsen recuerda la última vez que le ocurrió algo emocionante y diferente de camino a la tienda.

Al parecer se encontró una moneda de cinco noks. Eso fue doce años atrás.

A Torhild Steensnæs le diagnosticaron una enfermedad terminal ese mismo día. El día en que encontró la carta de Linn Høybråten.

Linn Høybråten, ya no pegada a la ventana, conduce su viejo Ford por una carretera comarcal, una de esas carreteras que no importan a nadie. Y eso es importante para su plan. Sonríe extasiada y baja la ventanilla, asomando la cabeza y gritando como una loca. ¿Cómo una loca? En el asiento de atrás, todo lo necesario.

Torhild Steensnæs vivía en el campo, en una isleta en mitad de un río. Vivía sola porque así lo había decidido. Había sido su opción. Todo era cuestión de opciones y esa era la suya. Se había criado en el sur, en Skien, aunque había nacido en Bodo. Pero ahora vivía más allá del Círculo Polar, en una cabaña de madera cerca de Narvik. Viajaba constantemente a Oslo para hacerse análisis y pruebas, porque algo no iba bien. Aquella mañana se confirmó. Ya de regreso decidió parar en Bodo. Le atraía detenerse en el lugar que había sido su origen, ahora que sabía que su final tenía fecha concreta. Paseando por una de sus calles, tratando de asimilar, sola, el alcance de la nueva noticia, gastaba el primer tiempo de su particular cuenta atrás. Fue entonces cuando vio el sobre. Estaba en un parquecito y colgaba de un hilo atado a una rama baja de un árbol. La situación le parecía como de cuento de niños. Era tan sumamente fuera de lo corriente que la hizo sonreír. Y eso, a su vez, la hizo pensar y sonreír de nuevo. Algo avergonzada por su comportamiento algo excéntrico, descolgó el sobre y se sentó en un banco de aquel parquecito.



Linn Høybråten, a través de la ventanilla, divisa desde su coche móvil la caseta desierta del paso a nivel. Y frena en seco. Es hora de descansar un poco.

Desde ese recóndito lugar, seguro vacío desde hace tiempo, divisa los paisajes helados de la costa, la mezcla de hielo con cielo, de tonos blancos y azules. Hundida en el cómodo sillón de raso, disfruta unos instantes. Después se levanta y se marcha. No le llama la atención lo cuidado del cuchitril. No le extraña. Porque ella está a otra cosa.

De nuevo al volante del coche, Linn escoge un enorme árbol con miles de ramas colgantes. Y para de nuevo.

Torhild Steensnæs extiende las lágrimas de sus mejillas provocando un desbarajuste al restregarse todo el maquillaje húmedo. Pero eso es lo de menos. Esa carta es lo más bonito que ha leído nunca. Esa carta es lo más bonito que le haya pasado nunca. Esa carta y el día que llegó a su casita en mitad del río.

Se queda unos minutos en el banco, con la mirada fija en el hilito que sujetaba el sobre. Se balancea con el viento; y el viento también revolotea por entre el pelo de Torhild. Tras mirar a varios lados por pura vergüenza instintiva, se incorpora y se marcha caminando hacia donde dejó su coche.

Linn Høybråten, lejos de los momentos pasados junto a la ventana, camina descalza sobre el asfalto de la comarcal. Atrás deja toda su vida, amontonada al borde de la carretera. Camina ligera, pero sin prisa. Tiene todo el tiempo del mundo. Los gordos calcetines de lana no son suficientes y la humedad ya empapa las plantas de sus pies. Linn Høybråten apresura el paso y puede ver, a lo lejos, las pequeñas siluetas de las casas que forman la ciudad. Los ángulos de los tejados. Las amplias llanuras blanqueadas alrededor. Y el sonido inconfundible del puerto.

“Bien. Ya he llegado a Bodo”.



Torhild Steensnæs pasea por las calles de Bodo en dirección a su coche y sus ojos están vidriosos todavía. Alguien le silba desde una esquina. Pero cuando se gira ya no hay nadie. Supone que no era ella la destinataria de esa llamada y pronto lo olvida. Es agua pasada una vez que llega hasta su coche.

Linn Høybråten, apretujada contra el escaparate de la tienda de cosméticos, sonríe pensando en lo poco que falta para que el plan llegue a su fin. Sin perder la sonrisa, retira la mirada del cristal y la dirige a su pequeño bolso verde, arrinconado contra una cañería. Ahí está bien. Ahí va a empezar todo.

Torhild Steensnæs acciona el contacto de su coche y sale despedida hacia su casa del lago. Por el camino reflexiona. Y también llora un poco. La carta que acaba de leer; ese hilito colgando del árbol; su propia imagen (imaginada) allí en el banco, llorando como una tonta... Todo eso pasa por su destartalada cabecita de mujer tozuda. Y viendo pasar los abetos uno tras otro al pie del arcén, Torhild Steensnæs decide escribirle una carta a su remitente anónima.

No sabe cómo llegará a sus manos. Pero necesita hacerlo.

Linn Høybråten, todavía sonriendo a la vuelta de esa esquina, mira hacia arriba, hacia el cielo claro. Al otro lado la chica de la carta rebusca a su alrededor. Haciendo cucamonas, Linn Høybråten consigue ver sus carrillos humedecidos y rojos. Todo está marchando bien. Al menos de momento. Y todo será gracias a *la chica de los carrillos rojos*.

Torhild Steensnæs prepara la cena con una sonrisa enternecedoramente boba. Quién diría que hoy le han puesto fecha de caducidad. La carta en la encimera revolotea en el ambiente. Esta noche, antes de dormirse del todo, la leerá otra vez. Sí, lo tiene claro. No hay mejor forma de terminar el día, ese día. Bajo la tenue luz de la cocina, anaranjada y difusa, Torhild Steensnæs vaguea con un plato de sopa y llora un poco. Al parecer la vida se le escapa. Y ella apurando



SEGUNDO PREMIO  
“(Fragmentos) Linn Hoybraten y el extraño plan de  
las palabras acantiladas”  
David Martínez Pérez

un plato de sopa, como tantas veces. ¿Qué es lo que ha pasado?  
¿Cómo ha cambiado todo?

De madrugada los restos de la sopa siguen en el plato. Y la oscuridad y el silencio. Mientras, Torhild Steensnæs sueña con ramitas de árbol, con frases voladoras, con palabras escritas a mano. Y pone rostros a las palabras acantiladas.

Un hilillo de baba resbala por entre las comisuras de sus labios. Esta siendo un sueño feliz.

Linn Høybråten, con los pies mojados y arenosos, divisa el mar desde el acantilado. Marcha por las rocas en paralelo al mar. Y no deja de sonreír. Se acerca el final, por los dos lados. Por el de *el hombre de flequillo enmarañado* y por el de *la chica de los carrillos rojos*.

*El hombre de flequillo enmarañado* es la primera pieza del dominó humano. Él conseguirá que alguien encuentre su coche; que después encuentren su ropa. Y que todo eso junto la reconforme.

*La chica de los carrillos rojos* los reunirá a todos. Ya lo verán, ya.

Torhild Steensnæs trabaja en su pequeño huerto-invernadero esta mañana. Lo mejor de todo es que nada parece haber cambiado. Que lo que viene haciendo tanto tiempo lo sigue haciendo esta mañana; lo va a seguir haciendo toda la vida (toda la vida... ¿Cuánto es eso?). La carta del árbol está sobre su mesilla de noche.

Hoy la volverá a leer otra vez en la comida (ella no lo sabe todavía, pero terminará haciéndolo). Torhild Steensnæs trabaja con empeño. Pero por un momento se detiene, se yergue y mira al horizonte por el hueco de la entrada.

Torhild Steensnæs, perdiendo la vista en el fondo helado, ve pasar mil imágenes a la velocidad del rayo.

Linn Høybråten, perdiendo la vista en el fondo helado, entorna los ojos por la claridad del sol y su reflejo en la superficie blanquecina del mar.



Linn Høybråten sabe muy bien lo que toca ahora. Lo sabe y tiembla de frío. El plan lo exige. Suavemente se desliza hasta quedar sentada en la última roca, la más alta, la más redonda y lisa. Abajo quedan los calcetines, rotos y mojados, y el resto de la ropa que llevaba. El viento levanta su escasa vestimenta, el mínimo camisón que la hace tiritar. Y su piel de gallina noruega lo siente, el frío, lo siente de verdad. Sus pezones se erizan. Pero eso es lo de menos. Porque eso no forma parte del plan.

Torhild Steensnæs ha pasado unos días extraños. Torhild Steensnæs incluso se siente rara por haber dejado lo de su enfermedad en un segundo plano. No sabe por qué, pero no ha podido evitar el emplear muchos ratos del día en mirar hacia la blancura del horizonte. Tampoco sabe por qué ahora está haciendo esas llamadas a esas personas. No se explica cómo llegó hace dos días a la playa del acantilado ni cómo se encontró con el cuerpo, atrapado en la más recóndita roca. Pero sí sabe que nada más verla supo que era ella. Lo había soñado, lo recuerda.

Linn Høybråten, ahora encajonada en un depósito, fue identificada por la Policía de una forma muy curiosa.

Ese era el plan ¿no?

Torhild Steensnæs los cita en un lugar. Los cita cerca de la casa donde ella nació, porque le parece bonito. Como unir orígenes y finales, epílogos, introducciones, vidas cruzadas.

La marabunta de estos días locos y últimos que no recuerda muy bien dieron para mucho: para conseguir sus direcciones, para contactar con ellos, para citarlos en ese pequeño rincón del mundo... Pero la marabunta también se la llevó por delante.

Tal vez esa fuera otra de las partes del plan.

Fredson Blonqvist, Magnus Olsen y Gro Soltenberg, rehaciéndolo todo, llegaron a esa conclusión: no había tal conclusión.



La chica muerta quería dejar huella. La chica muerta quería, con fragmentos de lo que era su propia existencia banal, reconstruir su vida, su persona. Y lo había querido hacer juntando a las personas que encontrasen sus cosas y haciéndolas hablar entre sí.

A unos les pareció bonito. En concreto, a Magnus Olsen y a Gro Soltenberg les pareció bonito.

A otros les pareció una tontería. Realmente sólo a Fredson Blonqvist le pareció una tontería.

Pero aquella tarde, en la pequeña cafetería que hacía esquina con la calle en la que había nacido Torhild Steensnæs, tres personas hablaron de la existencia de Linn Høybråten.

El plan se había cumplido y la última calma, hasta entonces incómoda y sofocante, dejó de serlo.

Fredson Blonqvist se despidió con fría cortesía. No tenía mucho tiempo. Abandonó el local pagando las consumiciones de los tres y desapareció.

Magnus Olsen y Gro Soltenberg salieron poco después y se despidieron amablemente, sintiéndose afortunados por aquel momento pero siendo conscientes de su final. En la puerta de la pequeña cafetería cada uno tomó direcciones distintas, perdiéndose en el fresco de la noche cerrada, bajo ese sol único y misterioso de Bodo.

Y entonces fue la calma de verdad. Una calma cálida, claro que sí.